

A la memoria de académicos fallecidos: Guillermo Massieu Helguera

GUILLERMO MASSIEU HELGUERA

RICARDO TAPIA-IBARGÉNGOITIA*

No quisiera, en este homenaje póstumo al Dr. Guillermo Massieu, hacer una reseña biográfica; ni una lista de sus múltiples logros en la vida académica y de investigación científica de nuestro país, varios de ellos reconocidos por el otorgamiento de Premios Nacionales; ni un relato de sus sobrias y sólidas actuaciones como Subdirector y después Director de la Escuela de Ciencias biológicas, como Director General del Instituto Politécnico Nacional, como Director del Centro de Investigación y Estudios Avanzados del propio Instituto Politécnico Nacional, o como Subsecretario de

Educación e Investigación Tecnológicas de la Secretaría de Educación Pública. El hacer este tipo de relatos llenaría sin duda ampliamente el tiempo destinado al recuerdo del Dr. Massieu, y seguramente daría una idea clara de su excepcional calidad como maestro de bioquímica de muchas generaciones, en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México, como investigador pionero de la bioquímica de la desnutrición y de la neuroquímica en nuestro país, y como funcionario que dió lo mejor de sí mismo por defender, fomentar, ampliar y mejorar la investigación científica y la educación superior en México.

Pero, decía, no quisiera hablar del Dr. Massieu de esa manera. Más bien me gustaría recordar al hombre que yo conocí personalmente: al maestro que nos enseñó, a mí y a otros estudiantes que tuvimos la fortuna de llegar a su laboratorio en el Instituto de Biología de la UNAM, qué es y cómo se hace la investigación científica; al investigador que nos transmitió su amor y respeto por esta actividad y que en la toma de decisiones anteponía los criterios académicos a cualquier otro.

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 5 de junio de 1985.

*Académico numerario

¿Cómo era Guillermo Massieu maestro, Guillermo Massieu investigador?

Quiero recordarlo ante todo como un hombre generoso, sencillo pero no simple, naturalmente modesto, sumamente autocrítico, respetuoso sin ser frío, de una honestidad a toda prueba, comprometido con lo que hacía. Su modo de enseñar los conceptos biológicos y los procedimientos técnicos en el laboratorio no era mediante frías explicaciones o juicios exactos, sino que ocurría como consecuencia lógica de su interés y entusiasmo por la investigación, es decir, era el resultado de la convivencia diaria y continua en la mesa de trabajo, convivencia en el hacer los experimentos hasta que confirmaba que sus estudiantes los dominábamos, en calcular y analizar los datos experimentales, en el criticarlos, interpretarlos y discutirlos, en el revisar artículos de la literatura: era un enseñar en el compartir la actividad científica.

En esta actividad diaria se manifestaba siempre la actitud autocrítica del Dr. Massieu, y el rigor, meticulosidad, seriedad y exigencia con que revisaba el desarrollo de los proyectos de investigación, cualidades que a través de la convivencia se iban implantando lenta, sutil e inexorablemente en el modo de trabajar de sus estudiantes, tan firmemente como nunca se hubiera logrado a base de palabras, por más sabias que éstas fueran.

En el marco de esta actitud de maestro e investigador el Dr. Massieu mostró constantemente una cualidad a mi juicio extraordinaria, tanto por lo poco común como por sus consecuencias: la capacidad y el valor de plantearse proyectos científicos de importancia y de intentar desarrollarlos aprovechando al máximo las técnicas accesibles mediante un esfuerzo de imaginación y de trabajo. Esta cualidad le hacía ocupar el tiempo en planear y realizar los experimentos con las facilidades disponibles en el laboratorio, en vez de quejarse continuamente por la carencia de instrumentos o de recursos para la investigación. En otras palabras, el Dr. Massieu trabajaba y no pretextaba. Fue así, con medios muy limitados, como realizó estudios fundamentales sobre la composición química de alimentos mexicanos, sobre ciertos efectos bioquímicos de la desnutrición, sobre la acción de la insulina y las relaciones metabólicas entre los aminoácidos y los carbohidratos en el sistema nervioso central, sobre el papel fundamental de la vitamina B en la síntesis y la degradación de los aminoácidos cerebrales y en la transmisión sináptica, sobre los mecanismos neuroquímicos de producción de epilepsia experimental, y sobre el diseño, desarrollado y mecanismo de acción de drogas anticonvulsivas.

En 1963, en una decisión que debe haber sido para él no sólo difícil, sino también dolorosa, el Dr. Massieu aceptó la Dirección de la Escuela de Ciencias Biológicas del IPN. A partir de esta decisión su vida cambió de rumbo, pues después de su período en dicha dirección, y con excepción de un año sabático que pasó en Oxford, trabajando en el laboratorio de su

amigo el profesor Sir Hans Krebs, habría de ocupar los diversos puestos académicos-administrativos mencionados al inicio de este mínimo homenaje. No fue sino hasta 1978 que regresó al laboratorio, esta vez en el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del IPN. Sin embargo, durante sus quince años como funcionario nunca dejó de actuar con la misma autoexigencia, modestia, honestidad y congruencia que ya lo habían definido como investigador científico. Y es que el Dr. Massieu nunca dejó de pensar como un investigador. Durante toda su vida su motor interno fue siempre la congruencia entre su modo de hacer y de pensar. Su ejemplo de científico mexicano, de maestro y de hombre académico en el más amplio sentido de la palabra, quedará para siempre entre todos los que lo conocimos.

HORACIO ZALCE

JOSE NORIEGA-LIMON*

Después de un largo y penoso período de incapacidad, el Dr. Horacio Zalce, miembro brillante y distinguido de esta Academia, falleció el 26 de Febrero pasado, a la edad de 73 años.

A todos nos interesa y debemos recordar a aquellos que han realizado, en una u otra especialidad, una labor trascendente para la medicina en México, a los que han dejado huella y trabajado por la Academia y los que, en su diaria vivencia y actuación, dejaron ejemplo y estímulo entre sus discípulos y amigos. Debemos singularizar a los que siempre demostraron su amor a la cultura, su sensibilidad a las artes y despertaron en nosotros, admiración, afecto y amistad. Horacio Zalce llenó ampliamente estas características.

Nacido en la ciudad de México en 1912, se graduó como médico cirujano de la Universidad Autónoma de México en 1934. Después de un corto tiempo de práctica médica en la provincia, sus inquietudes intelectuales, su interés por la cirugía, su capacidad técnica y su humanismo, le permitieron ingresar como cirujano al Hospital General de esta ciudad. En el pabellón del maestro Mariano Vázquez, maduró su na-

In memoriam ofrecido en sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, el 17 de julio de 1986.

* Académico titular.

tural destreza quirúrgica y obtuvo una larga y sólida experiencia en cirugía general. Su espíritu progresista y permanente deseo de mejoramiento, le llevó a una residencia en cirugía en el Hospital Memorial de Nueva York entre los años de 1941 a 1945. Fué ahí, cuando de paso por este Centro, le conocí en 1943. A pesar de lo breve de nuestro encuentro, me quedé desde entonces impresionado por su gran dinamismo, su agudeza mental, su versatilidad y su gran capacidad de trabajo. Pude darme cuenta también del afecto y respeto que le rodeaban en ese ambiente, que reconocía su capacidad técnica y su gran sensibilidad humanista y musical.

A su regreso a México se reintegró al Hospital General como Jefe de Cirugía y del Servicio de Tumores de la Cabeza y Cuello, en la Unidad de Cancerología, el entonces Pabellón 13 de ese Hospital. Se dedicó apasionada e infatigablemente a la práctica, enseñanza y difusión de las ideas y técnicas adquiridas en el extranjero. Lucho ahí, por más de veinticinco años, en la implementación de un criterio oncológico en la práctica, estudio y enseñanza de la cirugía oncológica. A la experiencia y conocimientos adquiridos al lado de cirujanos oncólogos, de la talla de George T. Parck, Hay Martin, Adair y Brunswick, añadió sus propias ideas y su personal experiencia. Abogó por un criterio oncológico, disciplinado, basado en el estudio clínico minucioso, el análisis histopatológico y la etapa clínica de la enfermedad y en una decisión multidisciplinaria, en aquella época radioterapia y/o cirugía, en cada caso individual. Implantó una cirugía audaz, amplia y radical, de disección en bloque y en continuidad incluyendo el primario y los ganglios de 1º y 2º relevos. Criterio que si bien en la actualidad se ha ido limitando, sigue siendo vigente en varias localizaciones neoplásicas y que en su época fué un intento audaz y avanzado de terapéutica quirúrgica oncológica.

Estas nuevas ideas, no fueron fácilmente comprendidas en nuestro medio. Su valentía, convencimiento, honradez, tenacidad y brillantez personales, lograron que finalmente fueran aceptadas, haciendo del Pabellón 13 del Hospital General, el centro por excelencia de entrenamiento y educación de muchos de nuestros más distinguidos cirujanos oncólogos actuales.

De su particular interés fué el estudio y tratamiento de los tumores malignos de cabeza y cuello, área en la que demostró al máximo su sagacidad clínica y la calidad de su técnica quirúrgica. Abogó desde entonces en un enfoque multidisciplinario entre radio-terapeutas y cirujanos oncólogos, en la planeación conjunta, ejecución y control de los tratamientos de los cánceres de esas áreas.

Junto con el grupo de especialistas que trabajamos en esa unidad creó el tipo de expediente y registro oncológico, que todavía es la base de la historia clínica de nuestros principales centros cancerológicos.

A pesar de su temperamento vivaz, rápido y mercurial, fué un cirujano cauto, calmado y meticoloso en los momentos difíciles de una cirugía radical, dra-

mática y llena de escollos. Era intolerante frente a la negligencia y a la falta de responsabilidad.

Excelente maestro, su enseñanza sin embargo, fué más bien tutelar, enseñando-haciendo, con orientación y autoevaluación. Como preceptor fué siempre fiel a sus ideas, las cuales sostenía sin inhibiciones, honesta y vehementemente. Siendo siempre un ejemplo de autenticidad para sus discípulos, brindándoles, no solo sus conocimientos y técnicas, sino su amistad y apoyo.

Por su labor en el Pabellón 13, los quirófanos de esa unidad llevan su nombre desde hace varios años.

Fué consejero médico del patronato que creó el Instituto Nacional de Cancerología y por varios años fué jefe de cabeza y cuello en el antiguo local del mismo en las calles de Chopo. Años más tarde siempre apoyó incondicionalmente como funcionario el desarrollo de esta Institución.

En la etapa terminal de la construcción del Centro Médico Nacional, entonces de la Secretaría de Salud y Asistencia, fué Director del actual Hospital de Oncología del Instituto Mexicano del Seguro Social. Tuve oportunidad entonces de planear con él, el equipamiento y terminación de esa unidad.

Poco después de su regreso a México creó en el Hospital Infantil de esta ciudad la Unidad de Cancerología Pediátrica del País, en unión de los Doctores Luis Vargas y Vargas, Dr. M. Touissant y posteriormente el Dr. Alejandro Aguirre Torres. Fué éste, en verdad, un logro muy avanzado para su época.

En 1971 fué nombrado Director de la Campaña Nacional Contra el Cáncer en donde desarrolló un programa de detección temprana del cáncer cervicouterino y planeó un incipiente registro nacional del cáncer publicando folletos de divulgación.

Fué miembro fundador y presidente de la Sociedad Mexicana de Estudios Oncológicos, la cual le otorgó en 1969 su máximo galardón: La Medalla Ignacio Millán. Perteneció a múltiples sociedades científicas nacionales y extranjeras, entre otras a la Academia Mexicana de Cirugía, y su mayor orgullo fué el ser Miembro de la Academia Nacional de Medicina. Participando en diversos comités, su labor y presencia fueron bien conocidas y trascendentes. Con el Dr. Bernardo Sepulveda integró por varios años el Comité de Evaluación de Medicamentos y, aún en su período de incapacidad, continuó trabajando en las publicaciones del mismo.

Por un largo tiempo fué representante de México como asesor médico ante las Naciones Unidas en Nueva York y Ginebra, en el Comité Científico para el estudio de radiaciones ionizantes.

En Oncología fué un innovador, un clínico sagaz y un excelente cirujano. Maestro trascendente, aparte de sus aportaciones a la técnica quirúrgica oncológica, uno de sus mayores logros fué la divulgación de un criterio oncológico multidisciplinario en el estudio y tratamiento de las enfermedades neoplásicas.

El Doctor Zalce fué un hombre de recia personalidad, preclara inteligencia y de una agilidad y agudeza mental fuera de lo común. Expresaba con vehemencia y brillantez, sin falsa inhibición, sus impresiones y juicios sobre personas y situaciones; desconcertando frecuentemente a su interlocutor o a quien lo conocía por primera vez. El conocimiento o la crítica, aguda e inmediata, podía en ocasiones parecer impertinente o agresiva. Nada más lejos de su intención. Quienes lo conocíamos bien, sabíamos, que eran sólo la expresión de su constante propósito de crítica constructiva y de perfección, con la más bondadosa de las intenciones.

Puntilloso y erudito en lo que al lenguaje respecta, fué perfeccionista en sus escritos y siempre de buen decir. Hombre de gran sensibilidad, amaba la literatura y aún más la música. Gustaba y conocía a fondo la música culta, disfrutaba la ejecución personal de música popular y su gran interés fué el jazz, sobre el cual dictó múltiples, amenas y eruditas conferencias ilustradas con grabaciones y ejecuciones personales al piano. Siempre estuvo abierto a las artes plásticas y a la cultura.

Por muchos años fué un deportista ágil, entusiasta y promotor, casi dictatorial, del ejercicio físico entre sus amigos y familiares.

Tuvo siempre una gran conciencia social y sus ideas políticas fueron siempre definidas, constantes y militantes. Junto con el Dr. Guillermo Montaña fué editoralista de publicaciones para la difusión de sus ideas.

Siempre fué madura y civilizadamente respetuoso de las opiniones políticas de sus allegados y amigos, no tolerando por otra parte, actitudes falsas o de conveniencia.

Amó y cultivó la amistad. Sus reuniones anuales con motivo de su onomástico fueron crisol de muchas amistades sinceras y perdurables. Con su esposa Tina fué siempre con todos hospitalario y generoso en su hogar y en su amistad.

Su obra perdurará como la de un pionero innovador, un educador y un promotor dentro de la oncología nacional. En esta Academia, quedará su memoria como la de un miembro brillante, vivaz y trascendente. Entre los que tuvimos el privilegio de conocerlo y gozar de su amistad, como la de un hombre íntegro, de gran conciencia social, con una mente preclara y ágil, un humanista sensitivo y erudito y un amigo generoso que despertó admiración y afecto. Horacio Zalce vivirá siempre en nosotros.